

Manos de apóstata

El escultor caminaba, corría, esa mañana a lo largo de una calle que no iba a recordar después. Comenzó a hacer frío desde muy temprano; pero un frío grato, suave: se alojaba dentro y daba vida al correr de su sangre por las venas. Como siempre, gozó al respirar aquel aire que alentaba el cuerpo, el alma. Parecía aire de madrugada, de marina, o de montaña, con el sabor de la cosa que recién se hace o recién nace.

Quiso silbar (no sabía silbar).

Sus miembros lo urgían a moverse.

—Igual que a los perros —le dijo una vez su maestro—, el madrugar te anima.

—¿Por qué los perros nada más?

—¿No los has visto cuando acaba de salir el sol? Menean la cola sin motivo, están alertas. Los nervios se los comen. Pero son nervios alegres —pausa—... Bueno, a los pájaros les pasa otro tanto. Solo que yo soy más amigo de los perros. ¿Has visto a un zorzal lamiéndole la mano a una persona triste?

El maestro tenía eso: de pronto salía de su parquedad, decía cosas raras, hablaba largo (y no era su costumbre).

...Sintiendo el empuje de su vitalidad interna, el escultor vislumbró que acaso empezaría a «pensar con el corazón», como también su maestro le llamaba a esa mezcla de inquietud y de intuición, que busca aunque no sepa muy bien qué.

—Si piensas con el corazón, descubrirás...

Nunca terminó aquella frase. Cuando él le preguntó qué podría descubrir:

—Ya lo sabrás, al descubrirlo.

—Pero pensar con el corazón ¿qué es? ¿Cómo se logra?

El maestro reflexionó un momento:

—Sucedé —fue su única respuesta.

Él le pidió aclarar. Inútil.

—Sucedé o no. Por más que trates, ni lo provocas ni lo evitas. Viene.

Demoró un tiempo en comprender que así ocurría. No fue una sola ocasión, ni se dio cuenta en el momento de vivirlas. La percepción se fue aguzando en él de a poco. Chispazos, presentimiento a medias de que su corazón pensaba. Aprendió a preguntarse si sería así, y a evitar contestarse para no romper la gracia. Solía tener la sensación de que algo se insinuaba, a largos intervalos. Al principio era un vislumbre apenas: costaba ir más allá de la incierta certeza de haber echado a andar (¿o no?) por un trayecto peligroso-hermoso.

En una de estas situaciones presintió que sí: estaba pensando con el corazón. Era casi un no pensar, casi un sentir; o las dos cosas, inextricables, que se fundían en una. No había cuestión de lógica, o razones. Tampoco esa autonomía ciega de la irracionalidad. Su instinto iba tomando atajos para acercarse a un punto donde ni siquiera sabía que buscaba llegar. Y de pronto ahí estaba, sin esfuerzo. Sencillamente. Respiraba entusiasmo. Igual que en sueños, su mente parecía irse, era un pájaro de alas grandes: subía y bajaba, cambiando a capricho el ritmo de su vuelo.

Un torso lo dejaba insatisfecho, por ejemplo. Se ponía a mirarlo. Trataba de pensar qué fallaba. Era inútil pensar en esos casos. Un silogismo no hace una obra de arte. Venía la impotencia, hasta que, intempestivamente, sorprendiéndose él mismo, hacía girar la greda como si fuera un ser vivo. Al cabo de unas horas se volvía espectador, y comprobaba que había hecho (a ciegas) lo que intentaba hacer. Allí había la posición, el ángulo...

—Eso es, eso es —decía con asombro.

Sin metáfora, sin halos misteriosos, conseguía volar. Un compañero suyo sugirió la palabra inspiración.

—¿Inspiración? No es nada solemne. Es natural.

Acaso estaba ahí la explicación-no-explicación: primero se alegraba su cuerpo, luego su alma. Se le abría el instinto. Sus sentidos se aguzaban. En cierta forma, le dejaba de importar lo real. Con las manos en la greda —reía él mismo— no podía poner pies en tierra. El pago de la cuenta, el cobro del cheque, el riesgo las

plantas se le difuminaban. Ganaban fuerza el gesto que observaba en un niño, el movimiento gracioso de una rama.

Dejaba atrás lo útil, se hundía en la gloria de lo inútil. Por ejemplo, aspiraba a dar forma a la arcilla hasta que ahí latiera la fina animalidad de esa muchacha que un día sorprendió siguiendo la lluvia desde su ventana; reproducirla sin copiar la lluvia, la ventana ni a ella. Crear no es copiar. Para lograrlo, poco vale la razón. Ni romper con ella. Ni volverse a lo abstracto para simular la vida.

—Las normas no se rompen adrede —advertía su maestro—. Se te rompen mientras buscas. Se te rompen porque buscas. Y es bueno que suceda.

Al entrar en ese ánimo, el escultor sentía que eran sus manos las que decidían actuar (nunca pudo expresarlo de otro modo). No es que a él se le ocurriera hacer algo con sus manos. Ellas se alborotaban. Adquirían entidad propia la piel de sus dedos y la greda. Él seguía el proceso. No debía alterar aquello de lo cual formaba parte, sin embargo. Desprenderse, sí, de lo útil. Vivir sin lo que su maestro llamaba «el lastre de lo práctico».

A su maestro le había preguntado:

—Si llego a pensar con el corazón, ¿cómo me daré cuenta?

—Te sabrás libre. Es lo primero.

—Soy libre.

—Serás libre incluso de ti mismo. Y porque sí. El porque sí es el gran envión del arte.

* * *

Principió aprendiendo a descubrir la greda. La madera, la piedra, el hierro, venían después en el programa. Cuando llegó el momento, se negó a pasar a ellos. Su material era este. Tratando de explicárselo, dio con una de esas razones cuya solemnidad solía rechazar. Pero aquí lo estaba viendo: las yemas de sus dedos se entendían bien con esa masa. Trabajar con greda era unirse a una tierra húmeda; tierra y agua: las fuentes de la vida.

—No quiero salir de ella —le anunció a su maestro.

El maestro calló.

—¿No me dice nada?

—No necesitas. Ya tienes un camino.

...Al salir hoy a la calle, también vio cada vez más clara la

urgencia de que algo se agitara en su interior, más allá de cualquier lógica. No contra: más allá.

Corría a su taller.

—Todo arte es un idioma en que te dices.

—¿Me digo yo?

—Sí: digas lo que digas.

¿Cada pieza, una frase? ¿Cada detalle, una palabra? Lo fue probando. Cuando lograba pensar con el corazón, descubría en ese idioma palabras que, al decírlas, le permitían ser el que era y abrirse hacia otros. La escultura no solo es lenguaje (inteligible): es gesto (visible). Una mudez que habla. Difícil hallar mayor intimidad.

Su maestro insistía:

—El que vea tus obras escuchará silencios tuyos. ¿Y qué une más que compartir silencios?

Pensando con el corazón, él intuía qué giro había de tomar una escultura, a menudo sin creer que sería hasta el momento de intentarlo. Y lo intentaba y era. Él, o más bien sus manos, discurrían el toque casi sonámbulo que los dedos aplicaban con aparente independencia. Era capaz de hacer lo inexplicable, en la certeza de que cualquier explicación sobra. Si seguía a su instinto, de pronto el primer sorprendido era él mismo al ver la obra final.

—¡Ahí está!

Le preguntaban qué estaba.

Meneaba la cabeza, negando.

—No sé.

—¿No sabes y lo ves?

—Esas cosas son: no se saben.

Pensar con el corazón. Tras el primer hallazgo hubo días, semanas, meses, en que le fue imposible repetir la experiencia («Sucede», había dicho el maestro. «Sucede o no»). Aunque trabajara. Aunque sufriera o vibrara con algo. Aunque lo arrebatara la alegría, el amor, la angustia. La puerta que se abre sin motivo se cierra sin motivo, y uno es dueño de vagar por todas partes; por todas, menos por las que podrían llevarlo más allá del umbral.

—Por mucho que trates, ni lo haces ni lo evitas. Viene.

Entonces se está solo. Aun en compañía se está solo. Ni la mujer ni los hijos acompañan. Ni los amigos. Nadie. Estás solo. Buscas tocar un cuerpo, un alma. A veces lo consigues, y hasta, hasta, te supones feliz. Es otro asunto. Consuela. Ayuda. No quita soledad. La soledad debe doler antes de convertirse en obra.

Según su maestro, pensar con el corazón es entrar en un sitio que no se olvida ni es posible describir. La percepción queda dentro, y el que la tuvo será siempre alguien que regresa de ella y quiere regresar a ella. No puede contagiársela a otros. Esté donde esté, el descubridor viene del lugar y del momento que hizo propios. Trae la huella dormida, en las plantas de sus pies; y, al caminar, vuelve a pisar ahí.

Son huellas de sus pies, de su persona.

—Sucede. Viene. Sin ir contra la razón, no está sujeto a la razón.

Él era un aprendiz cuando los dos lo hablaron.

—¿Será una forma de libertad? —preguntó

—Una —replicó su maestro—. Por suerte, no la. No solemos nunca.

* * *

Y en esta mañana de frío joven, él supo que venía uno de esos momentos. Se tensaron sus músculos, sus nervios. Iba alerta. Respiró hondo. Escuchó, detrás, el eco de sus propios pasos. Corrió con la feroz intensidad del que huye.

Viene, viene.

Diferentes olores flotaban hacia él en diferentes calles. De cada casa salía uno, individual. Cada olor, una voz: una presencia. Este le recordaba los yuyos del estero donde jugaba cuando niño. Aquel, el del agua del mar al recibir al río grande, allá en La Boca. Aquel, el del brasero de sus inviernos de niño; cuando la lluvia tamborileaba en la ventana, y afuera hacía un frío duro; cuando la tarde acaso pareciera triste para el resto del mundo, y acá, en la vieja afable galería, el aire era tibio y las voces de su madre y de su abuela pronunciaban palabras de paz:

—Lo cueces un rato al bañomaría y le agregas...

—Mañana saldrá el sol...

—Terminé de leer Alcalá de los Zegrís...

Qué importante, ya entonces, lo que no importaba. Las ingenuas lecturas de su abuela; unos caminos que él no sabía a dónde iban, unas voces que ignoraba de dónde podían venir. Esos misterios chicos, tan grandes sin embargo. Sus actuales pasos son eco de los que dio de niño o adolescente, por las aceras de su pueblo. O de su marcha de invasor sobre la arena oscura de Puerto

Saavedra; sobre las piedras redondas, vagabundas, del río Teno; sobre el cascajo de los cerros del Cajón del Maipo; sobre los caminitos empedrados de su Alameda vieja.

Hay experiencias que pasan a ser tú, le dijo una vez su madre. Pareció decírselo ahora, aunque había muerto hacía años. Pensó: Nunca se ha terminado de vivir lo que se vive.

Volvían las sensaciones. La arcilla ingenua de sus tanteos primeros. Tierra húmeda, tierra y agua. La misma de la arcilla y el adobe. En la tierra está el soplo de la vida: el pulso del suelo que bebe riego; el de la casa fresca que acaba de mojar la lluvia. Arcilla, adobe: qué hermoso ser-lo-mismo.

—Son hermanos —decía el maestro—. Quizá elegiste bien.

* * *

Ahora su mente iba, venía, revoloteaba. Reconoció ese vuelo, en apariencia sin propósito. Las aves parecen volar sin propósito en sus instantes más bellos. Sin embargo, una sabiduría secreta las conduce. En los momentos en que aquello venía, le daba la sensación de que algo libre volaba del suelo a la mano, de la mano a la obra.

—Trabajo con barro —había dicho una vez.

—Sí, claro.

No entendían.

Porque el barro —si la carne lo toca y lo entiende— es puro milagro. Suelo que se vuelve muro, olla, maceta, escultura. ¿Cómo explicar eso? Suelo donde permanecen huellas de seres humanos (otros tantos yos, tan yo como tú); huellas, incluso, de seres que quizá ya no existen. Y al modelar, la mano y la greda recogían todo aquello.

—Hay que oír a la greda. Después, dejarla que hable, que diga lo tuyo.

Había ido aprendiendo a acariciarla con las yemas de sus dedos para tentarla de que se entregara.

...Sin percatarse, el escultor se desvió del camino que llevaba a su taller. Todavía no. Se hizo sufrir a sí mismo esta demora. Andaba por el tiempo, traspasándolo, uniendo ayer y hoy. Sus ojos iban de una copa de árbol a un corro de nubes, a la intimidad de un patio. Se detenían en los charcos de lluvia reciente, en la acera.

Sintió sobre el rostro un soplo de aire fuerte. Luego lo oyó jugar con el follaje.

¿Qué era? ¿Cuándo? ¿Qué pretendía descubrir en su memoria? El viento brusco entre las hojas, ¿qué era? ¿Cuándo? ¿Cuál otro atardecer, años atrás? El viento sano en sus narices, y el rumor impreciso, el frío grato, la penumbra, ¿qué eran?

Sonrió de pronto, como quien encuentra la continuación de un verso.

La media luz del día de niebla, un dejo de misterio, un verse desgarradamente solo y, sin embargo, alegre. Qué paz (pero qué paz inquieta) lo había rodeado en aquel día remoto. ¿Rodeado? Él era parte de esa paz. Y en el misterio había esperanza. En la penumbra, el miedo recorría sus venas. Muerto de miedo vivo, vivo de miedo muerto, su cuerpo adolescente iba fundiéndose con el paisaje. Palpitaba. Cogía el aire y, con el aire, dejos del río cercano y el verde de los árboles.

Qué ganas de llamar a su maestro y decirle:

Viene, viene.

O preguntarle:

¿Viene? ¿Será eso?

Quiso hablar con la greda. A medida que lo hacía, su pequeño taller se llenaba de imágenes. No retratos. Nunca eran nadie (y siempre alguien preguntaba: «¿Quién es este?»). Una escultura es nadie, aunque sea alguien. Las personas se escurrían entre sus dedos. Casi no tenían rostro. Eran manos al aire, rezando una oración sin palabras, ¿a un Dios que era qué? ¿El universo? ¿El no entender? ¿El no sentir necesidad de entender nada? ¿Y cómo se ora a aquello que se siente que no es?

—¡Así, así! —respondían sus manos, hundiéndose en la greda, moviéndola.

De pronto, el corazón le dijo que todo consistía en ver desde ojos que aman. El campesino, el pescador, la lavandera, ¿de qué forma eran hermanos suyos? Modeló rostros de niños, muchachas, ancianos, viejitas apacibles. Algo había. En su primera exposición le celebraron la tersura, este ademán, o la expresión aquella. Empezó a hablarse de que daba un tratamiento suave a sus temas.

Suave.

Temas.

—¡Eso no es nada! —se sublevaba, a solas.

Ya no era el aprendiz. Tampoco era un maestro.

— Por dentro nunca eres maestro —había dicho el maestro—: solo buscas.

Quiso hacer decir paz a su arcilla. Insuficiente. Tranquilizaba. Y la paz no es tranquila: es nervio, vida, angustia jubilosa. Es la verdad abierta. Por qué, en cambio, nos dominan la mentira y el odio. Por qué pronunciamos la palabra enemigo y la palabra traición y la palabra cobarde y la palabra valiente y la palabra conflicto, y sepultamos bajo ellas a gente real, nacida en nuestro mismo mundo.

—No es bueno declamar lo que se piensa. Lo que se siente, menos.

* * *

Entre los restos de frío de la mañana aquella, el escultor saltaba de intuición a intuición. Por momentos creía adivinar a dónde lo llevaban. O más bien atrapar un cabo suelto. Sus manos tenían algo que decir. Para decir, recordó, hay que hablar desde las propias llagas. El campesino hiere la tierra antes de sembrarla. El hombre hiere a la mujer para que engendre. El parto es un glorioso dolor antes del gozo. La verdad se hace escuchar por boca de la herida.

—No todo dolor es malo —le enseñó su maestro, tiempo atrás—. Existe un dolor bueno. Es un paso a, no algo cerrado. Partir desde el dolor hace llegar hasta...

Tampoco terminó esa frase.

De pronto supo: Si esta alegría no me nace del dolor, no es verdadera. ¿Y qué era la verdad si no alegría del dolor?

Corrió al taller, y cogió greda, amasó, unió, humedeció, aguardó a que hablara. La interrogaba con el tacto de sus yemas: Dime, dime. Acariciaba, apretaba, separaba y unía trozos. Dime. Trabajó rápido, no sabía en qué (su corazón tendría que pensarlo). Sus dedos preguntaban, con pulso. Un deleite profundo (amor, dolor, angustiado regocijo del cuerpo) invadía su piel. Su carne. Su alma.

Dime.

La greda era mujer; un cuerpo que él recorría en paz, sin paz (dime, dime, dime), porfiando frente a cada enigma. Era materia pronta a ser adobe, muro, u olla. Terreno para siembra. ¿Qué forma iba a adoptar?

La palpaba, incitándola a dar una respuesta. Por orientarse, miró otra de sus obras previas, luego otra: el rostro, el busto, la cur-

va de algún cuello, unas manos. ¡Manos! Se contempló las suyas. ¿Habría nada más expresivo de la humanidad del hombre? Las manos pueden ser puño, o tenderse en amistad, o cultivar la tierra, o construir. Pueden coger un fusil o un pincel, o chasconear una cabeza de niño o jugar con un trozo de tiza o abrir un libro que se ama.

Al hacerlo, las manos fingen ser alas, garfios, labios...

—¡Sí, sí, dime! —exclamó en alta voz.

Pero ahora adivinaba oscuramente la respuesta. Buscándola, unía y separaba la masa húmeda mientras algún anuncio de forma temblaba en sus adentros. Dime cómo son las manos, que nacieron para hacer y dar, para ligar al hombre con su hermano (hermano, mano); cómo son cuando la boca miente, cuando llama verdad a su mentira. ¿Las manos qué hacen, mientras? ¿Cómo cambian?

...Después, querría saber por qué se le ocurrió esa idea extraña. Tardaría meses en captar (en parte) lo que había detrás. Nos criábamos aprendiendo el bien. Eran buenos la amistad, el respeto a la vida, el entenderse unos con otros. Les llamábamos bien a tantas cosas bellas. ¿No fue Sócrates quien dijo que lo bello es bueno y lo bueno bello? La gente empezaba creyendo eso, y poco a poco un ácido comenzaba a roer aristas. Se entendía mejor la justicia al pedirle que al deber hacerla. Había virtudes-cáscaras: la generosidad pasaba a ser limosna; la autoridad, abuso; la ortodoxia, intolerancia; la lealtad, rigidez...

—Vamos apostatando de lo que creemos —había dicho su maestro—. Cualquiera apostata, a veces sin saber.

El escultor observaba; oía, maravillado, la respuesta de la arcilla. Nada estable: era algo, asomaba y desaparecía. Un pequeño volumen, una curva... se le mostraban, se ocultaban. Llevaba años intentando representar cosas como el color de unos ojos (sin colorear la greda), o como una sonrisa que no estaba y sin embargo estaba en el rostro que iba modelando. Se trataba de eso: de asir lo inasible.

Insistió.

Sus manos tenían que hallar esas manos, ahora. El corazón se las pensaba. Al principio, amasó unos dedos ásperos, y eran toscos la palma y el dorso. En toda la silueta pugnaba una extraña hostilidad, dureza, un algo que se niega y se cierra y rechaza sin gesto. Sin gesto: eso era bueno. Nada obvio. Nada que gritara, o que...

Descansó un rato. No supo cuánto había trabajado, ni desde qué hora. Tuvo conciencia de que una luz distinta se sumaba a la pálida luz de la ampolleta. Amanecía. La claridad sana penetró sin prisa por las ventanas del taller, y oyó canto de pájaros, el ruido de la ciudad que empezaba a moverse. Ya estaba en otro día.

Preparó una taza de café. Deseó ser capaz de silbar. Se asomó desde arriba a la calle. Postergaba el encuentro con lo que todavía no era obra. Palpó su barba, que apuntaba después de la noche. Bebió, lento, la taza. Lavó de sus manos la aspereza de la greda resaca y la vio disolverse, huir de regreso a lo que era: tierra. Empapó su cara con la alegría de un chorro fresco.

—Bueno —dijo, y sintió que su voz llenaba el ámbito del estudio—. Bueno.

¿Habría logrado algo?

Miró. Bajo el sol que entraba por el tragaluz había dos zarpas agresivas. Entre ellas flotaba, en el aire, un toque siniestro. Un dejo de maldad, o de odio. Las sintió desoladoramente hermosas, dolorosas: esa plegaria de la ira poseía cierta fuerza interior...

—Pero no son manos de apóstata —murmuró.

Su corazón le dijo que debía comprender, no acusar, al que apostata; reconocer que no siempre es perversa su traición. Y estas eran manos perversas. El apóstata, en cambio, casi nunca es eso. A menudo será un pequeño hombre, o quizá un gran cobarde (pero, ¿qué es la cobardía, dónde empieza?). Acaso no sea sino débil, ¿y quién está libre de debilidad?

Comenzó a dar vueltas alrededor del taburete, a buscar. ¿Sería capaz de seguir interrogando a la arcilla? ¿Tendría entereza para encontrar unas manos de apóstata y enfrentarlas? Se lo preguntó a su cuerpo, dolorido; a su mente, soñolienta; a las yemas de sus dedos, perplejas. No era nueva esta angustia. Solo que podía conducir a cualquier parte. Cuando se trata de crear algo que importa, pensar con el corazón no excluye la sensación de miedo, desamparo, entusiasmo, flaqueza, soberbia, ira: ese ser niño y ser dios al mismo tiempo, un dios con ganas de llorar sobre algún hombro amable.

Huyó.

Salió a la calle, otra vez con urgencia inconsciente. Miraba manos, manos, rostros, manos, de gente que pasaba junto a él. Trataba de descubrir qué decían las expresiones de sus rostros; qué delataban sus manos acerca de los rostros; cómo su forma, sus gestos,

la postura de sus dedos, traducían a las personas. Esta mano se esconde por instinto; aquella va y viene al mentón, nerviosa; las de ahí se encuentran, ¿confortándose? Manos, manos: le pareció que era verdad el lugar común, que semejan bandadas de pájaros aleateando en el aire mientras abajo, en la ciudad, nadie daba la sensación de percibirlo.

Dime, dime (el pulso).

Volvió a su taller, corriendo una vez más. Lo vio lleno de sol, y en medio, reflejando la luz (igual que una sonrisa), la greda parecía un convite. Una mujer que ofrece su misterio. Principió a acariciar: apenas usaba espátula: con las yemas tanteaba la carne de la tierra, persiguiendo un contacto de vida a vida, o de la vida suya al germen.

Tiene que latir. Ahí sabré.

...Pasó un día, dos, una semana. El escultor iba a casa a comer, conversaba con los suyos. En más de una ocasión vino al taller y fue incapaz de hacer nada. Era el niño en su encierro. Salía a vagabundear, entonces, presa de una intensa impresión de soledad. Era el niño perdido en la calle, en la ciudad, el mundo, sin muros protectores. Envuelto en angustia, iba saludando en cada noche una tregua (mañana podría ser...).

Tregua, no reposo.

Hablaba, jugaba con sus hijos, y esporádicamente caía en extraños mutismos. Se aproximaba a su mujer, y junto a ella era a la vez varón y criatura. Qué bien le hacía la serenidad de la esposa, su paz, y sus preguntas, que eran casi una clave entre ambos:

—¿Estás cansado?

O bien:

—¿Hoy trabajaste mucho?

Él respondía:

—Sí —por decir algo.

—Te ves cansado.

—Sí.

Y continuaba igual de solo, o más, en la proximidad tibia y distante.

Tampoco la tregua de la noche conseguía liberarlo de veras. Aunque fuese feliz: era otra cosa. Dolía, casi. Luego, cada mañana, regresaba al taller a examinar las sucesivas manos de la greda, que fueron teniendo diversas identidades y expresiones. Con frecuencia veía en ellas la gran apostasía (frente a Dios, cuando el apóstata

creía en Dios, o a la Patria, a la Justicia). Sabía que no era eso. No era el abandono de nada cuyo nombre debiera escribirse con mayúscula. Era lo cotidiano, lo que traicionas en nombre del pragmatismo, del realismo.

—¡Aquí no está el apóstata! —exclamaba al ver en lo que iba su obra—. Lo que hay es apenas un pobre hombre desleal.

Después, al cabo de horas de pugna:

—Retrocedo. Volví a poner perfidia y ahogué la —buscaba—... ¡pusilanimidad! El amoldarse. El apóstata que ante todo apostata de sí mismo. Su cambio es negarse a ser.

Entusiasta, reanudaba el tanteo. Repetía: Pusilánime. Las manos tenían que formar, una con otra, un ámbito íntimo: eso era claro. Algo así como el techo de un hogar o la bóveda de un templo. Algo que insinuara un remedo de acogida a los demás. ¿Remedo, únicamente? ¿Podía juzgar? ¿Podía llegar a tanto? ¿Y quién era él para meter cerebro en lo que debería llegar libremente a ser su obra?

—Uno puede intuir a dónde va pero no razonarlo —había dicho su maestro.

Ahora pensó: las manos de un apóstata explican. Sin saber, buscan amparo en los demás. Quieren ser de los mismos. Los mismos de quienes se alejaron. En lugar de cerrarse, se abren. Sufren su propia soledad. Imitan al lugar del cual huyen. Son cáscaras ni feas ni deformes: vacías. Bajo sus alas, una maraña de matices. Invitan a compartir su cobardía o su fragilidad. Esas pobres manos no soportan la idea de estar solas. Por eso simulan (¿a veces sin desearlo?) que protegen, aman aun, aquello de lo cual claudican.

Mueren de sed de compañía.

* * *

Al décimo, undécimo día, el escultor volvió a dudar. Había modelado, corregido, pulido, acariciado su material la noche entera. La pregunta (dime, dime) era reproche además de incitación. Cuando vino el alba se sintió incapaz de discernir. Miraba y no veía.

Huyó, igual que siempre.

Anduvo, anduvo largo a través de la ciudad. Fue a su casa a dormir. Pasaron horas. Despertó, hizo otras cosas. Posponía el encuentro. Bueno, se confortaba con un nudo en la garganta: en tantas

ocasiones le había ocurrido lo mismo, y salió algo pasable, algo hermoso, o algo malo, y a empezar de nuevo. En el fondo, eso era vivir: una hilera de comienzos. Absurdo —quiso decirse— que se pretenda poner tanto en unas manos. Manos de apóstata, precisamente. Quizá residiera allí su error.

Sabía que no. Sabía que si lograba que la arcilla dijera qué significa apostatar, estaría dando forma suya a un esencial humano. También a la actual historia de su tierra, sobre la que llovía y en la que germinaban las semillas y donde, sin embargo, había mujeres y hombres que odiaban hablando de amor. Amor a la patria, a la causa, respeto hacia la vida... Bóvedas vacías, cuando las llena el odio.

...Postergaba el encuentro.

Hay tiempo, trataba de tranquilizarse.

Hasta que al fin llegó un instante en que cualquier desgarrero era menos temible que el miedo a sufrirlo. Regresó al estudio. Su aprensión, ahora, volvía a estar hecha de esperanza y de angustia. A medida que se acercaba al lugar, lo sentía más y más intolerable. Subió la escalera a saltos, abrió la puerta con un gesto brusco.

Ahí estaban, sobre el taburete, las manos de su apóstata.

Latían a la luz de la mañana.

* * *

Tres escultores compartieron la exposición. Al acto inaugural concurren gente. La gente bullía por la sala. Al ver a esa pequeña multitud, él sintió la vieja sensación de mostrarse desnudo en cada una de sus obras. Sin ninguna defensa, exhibía su intimidad. Desnudo e infinitamente solo. Le brotó de muy adentro el impulso de rogarles: «Váyanse, todavía no. Todavía me falta ver si...»

Era tarde, por cierto.

El público iba de figura en figura. Las suyas estaban al final. Poco a poco, fueron llegando a ellas. Comentaban ¡tan tranquilamente! la desnudez de su alma:

—Bonito este busto, ¿es retrato?

—Qué fina la muchacha del jarro, qué...

—Fíjate en aquel torso. Tiene...

Caminaban, con un ritmo de oleaje. Por fin fueron llegando a las Manos de Apóstata. Primero uno; luego otro, otro. Mientras se saludaban, preguntaban, hacían elogios o reparos, el escultor trataba de oír las palabras que decían. Captó frases sueltas.

—Esas manos... —dijo una señora.

—Hmmm, sí —dijo su marido.

—Tiene algo —dijo alguien.

—¿Cómo se llama esta? —preguntó un señor miope.

—¿Manos de Apóstata? —le leyó un muchacho, dudando.

—Caramba, no capto qué...

Bajó la voz.

—Noto cierta influencia de Rodin: La Catedral —dijo un joven de anteojos.

—¿Por qué Manos de Apóstata? —dijo la chica que iba con él—. No entiendo.

—¿Manos de apóstol? —dijo a su lado una señora—. No entiendo.

—De após-tata —le corrigió el marido.

—Más parecen de apóstol —insistió.

—No entiendo —dijo otra señora.

—Curioso —dijo alguien—. Son tan naturales. ¿Por qué llamarlas así?...

—Mira —dijo la chica que iba con el joven—: se parecen a las mías.

—Sí, ¿no?

—¿A ver? Pon las tuyas.

El joven de anteojos, renuente, levantó sus manos.

—También se parecen —dijo ella—. ¡No entiendo!

—¿Sabes? —dijo el joven—. Es que... Es...

—De apóstata, ¿bah, qué raro? —dijo otro señor.

—Tienen algo —dijo alguien—. Quizá...

—¿Por qué apóstata? —dijo una muchacha.

—Quisiera saber de qué apóstata se trata —dijo un entendido.

—¿Viste el catálogo? —le dijo una señora.

—Sí. No sale nada —dijo él.

—Dice «Manos de Apóstata» —leyó ella—. No aclara si es mujer o es hombre.

—Ah, sí... Hubiera jurado...

—No entiendo —dijo alguien.

—Oye, qué bonitas —dijo una mujer.

—Y tan naturales —le dijo su amigo.

—Son como las tuyas.

—¡Y como las tuyas!

—No entiendo —la voz se apagaba.
 —«Manos de Apóstata» —dijo otra señora—: Qué nombre tan raro. No ponen qué apóstata.
 Se miró las manos. Las vio parecidas.
 —Son muy naturales.
 —¿Qué querría decir? —dijo la chica.
 Y el joven de anteojos, hinchando la voz:
 —Bueno, según ciertas tradiciones, la apostasía representaba...
 —No entiendo —dijo alguien.
 —Pero son hermosas —dijo un hombre joven.
 —Tienen como... vida —dijo otro.
 —Pero por qué el nombre, y por qué no: Manos, lisa y llanamente.
 —¿A ver? Pon las tuyas.
 —Pero por qué el nombre.
 —Tanta suavidad...
 —¿Manos de Apóstata?
 —De Apóstata, sí.
 —No entiendo.
 —No entiendo.

Todos trataban de decir: No entiendo. Todos luchaban por decir: No entiendo. Todos miraban las Manos, miraban las suyas, movían los labios para articular: No entiendo. Todos elogiaban la línea, el volumen —y la naturalidad!—, y se defendían:
 —No entiendo.